

Miguel Ángel Alonso Pulido



Código Negro

Lectulandia

El código negro es el código para las misiones más peligrosas y suicidas de la Legión y su uso está prohibido desde hace más de una década. Pero cuando la peligrosa banda de traficantes del Puño Cuántico acaba con una cosmonave de la Legión, asesinando a sus más de cuatrocientos tripulantes, al comandante legionario Gillan Eliot no le queda más remedio que ordenarlo.

Ahora, los legionarios Carmela Engert y Uri Rys deben infiltrarse en la base fuertemente custodiada del Puño y sabotear su reactor de fisión para destruirla. Pero ¿qué ocurre cuando descubren que hay un legionario prisionero dentro de la base? Su lealtad se ve puesta a prueba cuando deben decidir entre cumplir su misión original o rescatar a su compañero en una operación desesperada. Y si lo consiguen ¿lograrán escapar de la base o morirán en el intento?

Lectulandia

Miguel Ángel Alonso Pulido

Código negro

ePub r1.0

Titivillus 27.11.2018

Título original: *Código negro*
Miguel Ángel Alonso Pulido, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

El universo de ciencia ficción creado por Miguel Ángel abarca una serie creciente de novelas y relatos que muchas veces tienen lugar simultáneamente, por lo que para los lectores que se adentran por primera vez en su obra, puede ser necesaria una guía de lectura.

Aunque la mayoría de las historias aquí nombradas puede leerse de forma independiente y en el orden que al lector le parezca, hacerlo de manera ordenada permitirá disfrutar al máximo de su lectura.

Ciclo de la Unión

- *El encuentro*
- *La cosmonave perdida*
- *Un frescor inconfundible*
- *Código negro*
- *Traición en el Gran Consejo (La amenaza treyana 1)*
- *Proyecto Armagedón (La amenaza treyana 2)*
- *Asalto en Kanar III*
- *Prisioneros del futuro (La amenaza treyana 3)*
- *La guerra del ayer (La amenaza treyana 4)*

Fuera del *Conquistador*, las estrellas brillaban inmóviles sobre el negro infinito del espacio. El comandante de la Legión Gillan Eliot las contemplaba desde el ventanal de la sala de observación, perdido en sus pensamientos. Tenía la mano derecha y la frente apoyada en el cristal, mirando sin ver la región de la galaxia por la que navegaba su cosmonave.

La puerta se abrió sin hacer ruido y dos figuras con el uniforme de la Legión entraron en la sala: una mujer de pelo negro y largo y un alienígena fontiano de piel húmeda y escamosa que llevaba unas gafas protectoras en sus ojos. La mujer se aclaró la garganta.

—¿Comandante?

Gillan se giró y los miró como si fuera la primera vez que los veía, pero solo fue por un instante. Se enderezó y alisó las mangas de su chaqueta de comandante mientras caminaba hacia ellos.

—Carmela Engert y Uri Rys. Gracias por venir.

—¿Qué necesita, comandante? —preguntó el fontiano.

—Un momento. —Gillan se acercó al comunicador que había dejado encima de la mesa y lo activó, llamando al puente de mando—. ¿Krakowsky? Sí, ya están aquí. Que nadie nos moleste durante la próxima hora, y aísla la sala de observación tres. Gillan fuera.

Si alguno de los dos legionarios se extrañó del comportamiento de su comandante, no lo dejaron traslucir. Gillan observó cómo mantenían la posición de firmes y la mirada al frente, esperando sus órdenes.

Era el momento de comprobar si había acertado al elegirlos.

—Descansad, muchachos. —Los dos legionarios se relajaron—. Hay mucho que contar y muy poco tiempo, así que iré al grano. Tenemos una misión muy delicada y necesito a dos legionarios capaces y decididos. —Se puso frente a ellos—. No voy a doraros la píldora ni deciros nada que no sepáis. De todos los tenientes de esta cosmonave vosotros sois los mejores y los únicos por los que apostaría que llegarán a ser comandantes. Por eso os he llamado.

—¿En qué consiste la misión, comandante? —preguntó la mujer.

—Ay, Carmela —dijo Gillan, sonriendo—. Siempre queriendo saber el motivo y el porqué de todo. En otra época, eso te habría traído muchos problemas.

—Entonces tengo suerte de no vivir en otra época.

—Sí, supongo que sí. —Gillan volvió a mirar por el ventanal mientras les hablaba—. Pero esta época también tiene sus cosas negativas, entre ellas, misiones como esta. Lo que vais a oír no puede salir de esta sala y os pido, sobre todo a ti, Carmela, que escuchéis todo lo que tengo que decir antes de formaros una opinión.

Guardó silencio durante unos instantes y continuó.

—Estoy seguro de que habéis oído hablar de la banda de traficantes del Puño Cuántico. Esos hijos de puta han hecho de las suyas en más sectores de los que debería ser posible para unos pandilleros de tres al cuarto. Han movido mercancía ilegal de todo tipo: drogas, esclavos, material robado... solo con eso ya han cometido suficientes delitos para encerrar de por vida a todos sus miembros, pero son escurridizos y el Cuerpo no ha logrado localizarlos. Y como siempre, el trabajo sucio queda para la Legión. Hemos conseguido datos fidedignos sobre la localización de la base del Puño Cuántico y nos encontramos a un día a factor siete del planeta en el que se encuentra. El Alto Mando de la Legión ha autorizado una sanción total. Tenemos que destruir esa base. —Gillan apartó la vista del exterior y la dirigió a los dos legionarios—. Necesito dos voluntarios para ejecutar esa sanción.

Permaneció en silencio, esperando la respuesta de ambos. Uri habló primero.

—Señor, en estos momentos nos encontramos en la frontera de la Unión Galáctica de Planetas con el Imperio Oyate —dijo, observándole a través de las gafas que mantenían sus ojos hidratados—. Si la base del Puño Cuántico está en espacio Oyate, nuestros actos punitivos podrían desembocar en un conflicto diplomático.

El comandante Gillan miró incómodo al suelo.

—Cierto. Por eso no podemos acercarnos al planeta y destruirla desde la órbita. También es el motivo por el que no hay registro alguno de la autorización del Alto Mando. Esta operación está fuera de los libros. Nadie debe saber que la Legión estuvo aquí.

Carmela dio un paso al frente.

—Comandante, no puede estar de acuerdo usted con un código negro.

Uri miró alternativamente a Carmela y al comandante Gillan, sin parpadear. Los fontianos, una raza ictiomorfa y adaptada a la vida acuática, no tenían esa capacidad.

—No entiendo —dijo Uri—. ¿Qué es un código negro?

—Es el código que designaba a las operaciones más delicadas y peligrosas de la Legión, y en muchas ocasiones implicaba saltarse la Ley —contestó Carmela—. Pero desde el juicio de Parobeck hace quince años, fueron prohibidos y ahora ese tipo de operaciones deben ser aprobadas antes por el Gran Consejo.

—Tienes bien aprendidas tus lecciones de historia —dijo Gillan—. Uri, toma ejemplo, aunque solo lleves cinco años en la Legión debes conocer su pasado, porque es el tuyo.

—Déjese de lecciones, señor. —Carmela dio un paso más en dirección a Gillan—. ¿Por qué apoya esto?

El comandante legionario la observó divertido. Parecía que Carmela iba a saltar encima de él en cualquier momento.

—Carmela, eres una legionaria excelente, pero tienes una visión demasiado simplista. No todo es blanco o negro. Muchas veces solo hay matices de gris. —Se

acercó a la mesa y cogió un *pad*—. Me preguntas por qué apoyo una operación ilegal que podría acabar con mi carrera. Lo hago por esto.

Abrió una carpeta de documentos en el *pad* y buscó un archivo de vídeo. Los tenientes vieron el vídeo y cuando acabó, Gillan continuó hablando.

—Ese es el último crimen del Puño Cuántico. La cosmonave *Deveraux* de la Legión perseguía una nave de la banda en el espacio profundo cuando cayó en una emboscada. Ocho naves de guerra atacaron a la *Deveraux* y acabaron con sus cuatrocientos tripulantes. —Gillan apretó los puños—. Si no fuese por ese mensaje que pudo transmitir un oficial científico, todavía estaríamos buscando la cosmonave.

—Señor —dijo Uri—, no conocía el código negro y la verdad es que carece de importancia para mí. Considero a los legionarios de la *Deveraux* como mis hermanos de armas y haré lo que sea para vengarlos.

Gillan sonrió y apoyó la mano en el hombro del fontiano. Carmela seguía mirando el vídeo con la imagen congelada en el último segundo.

—Ahora comprendo sus motivos, señor, aunque no entiendo por qué la destrucción del *Deveraux* no ha sido divulgada.

—El Alto Mando no quiere dar pistas al Puño Cuántico. Si piensan que seguimos en la ignorancia, no tomarán medidas de seguridad.

Carmela suspiró.

—Sigo teniendo mis reservas, señor. No me gusta esto, pero hay una cosa que tengo muy clara: la Legión no abandona a los suyos. Y si no podemos rescatarlos, podemos vengarlos.

Gillan apoyó su otra mano en el hombro de Carmela.

—Sabía que lo entenderíais. Hay una lanzadera en el muelle doce que está preparada para viajar hasta las coordenadas de la base. Dentro tenéis todo el equipo necesario para cumplir con la misión y ropas nuevas para que dejéis vuestros uniformes de la Legión.

—¿Pero por qué, comandante? —preguntó Uri.

—Negación plausible —contestó Carmela—. Si nos atrapan, no puede haber nada que nos relacione con la Legión.

—Así es —dijo Gillan—. Estaréis solos ahí fuera y no podremos ayudaros. Si fracasáis, negaremos toda responsabilidad. Seréis legionarios rebeldes y así constará en vuestro epitafio.

—¿Y si volvemos?

—Os daré una palmada en la espalda y tendréis la satisfacción del deber cumplido. No hay recompensas ni promociones en un código negro.

—Comprendido, señor —dijo Uri—. ¿Cuándo nos vamos?

El comandante sonrió.

Cuando se marcharon, Gillan regresó al ventanal con el *pad* en la mano, en cuya pantalla había quedado el vídeo, en pausa. Tragando saliva, apretó el icono de

reproducir y apareció la cara ensangrentada de un joven legionario.

—... bajo ataque! ¡Ocho cosmonaves del Puño Cuántico nos están machacando! ¡Cualquier cosmonave que escuche este mensaje, necesitamos ayuda! Soy Ralph Eliot de la cosmonave legionaria *Deveraux* y estoy transmitiendo este mensaje en todo el espectro de hiperonda. ¡Perseguíamos a una nave del Puño Cuántico y nos han tendido una emboscada!

Una explosión fuera de plano sacudió al joven, que se agarró como pudo a la mesa.

—No sé cuánto podremos aguantar, pero no creo que sobrevivamos. Han destrozado el puente de mando y nuestros motores no funcionan. Estamos a su merced. Este mensaje es para que todos sepan quién lo hizo: la banda del Puño Cuántico. ¡Terminen con esos malnacidos! —El joven pareció tranquilizarse de repente—. También quiero despedirme de mi familia. Papá, si escuchas este mensaje, quiero que sepas que...

La grabación terminaba ahí.

Gillan sintió las lágrimas cayendo por sus mejillas. Se limpió con el dorso de la mano y volvió a poner en marcha el vídeo con los últimos instantes de la vida de su hijo.

Hasta los pocos metros donde alcanzaba la vista, todo era blanco. El hielo y la nieve se fundían con el cielo blanquecino por la tormenta de nieve que los rodeaba. Carmela miró a la derecha y apenas pudo distinguir a Uri a su lado, montado en una moto antigrav y protegido por su exotraje, como ella. Con la tormenta sobre ellos ya no podían ir a máxima velocidad, pero no importaba; según sus mapas, estaban apenas a siete kilómetros de la base del Puño Cuántico.

Carmela repasó mentalmente lo que había aprendido de la fortaleza en el dossier que tenían preparado en la lanzadera. Era una instalación autosuficiente, preparada para aguantar los fríos extremos del polo norte de aquel planeta. Un reactor de fisión a cuarenta metros bajo el hielo proveía la energía necesaria para las necesidades de hasta cincuenta traficantes. Existían dos entradas principales, que ahora estarían cerradas por la tormenta y otra más amplia destinada a las cosmonaves que iban y venían de la base. El dossier incluía unos planos esquemáticos de la base, que tanto Carmela como Uri habían memorizado, así como recomendaciones para la entrada en la atmósfera del planeta y cómo aproximarse a la base sin ser detectados. Todo muy conveniente y útil. ¿Cómo había conseguido la Legión todos aquellos datos?

Por lo demás, la lanzadera estaba bien equipada para la incursión: desde armas láser y de cuerpo a cuerpo hasta los exotrajes especialmente preparados que llevaban, pasando por provisiones para dos semanas y las motos antigrav. Todo ello sin distintivo alguno que pudiera relacionarlos con la Legión. Encontraron el rumbo ya programado en el ordenador de astrogación de la cosmonave y, un día después, aterrizaron en el planeta dispuestos a ejecutar su misión.

—Carmela, hemos llegado al punto alfa.

La voz de Uri en el comunicador la devolvió a la realidad. Habían denominado punto alfa a un lugar a cinco kilómetros del perímetro de la base. Paró la moto y se bajó cogiendo la mochila con su equipo, que quedó adherida magnéticamente a la espalda de su exotraje. Desde allí harían el resto del camino a pie, dejando las motos antigrav cubiertas y protegidas por una lona de sintopiel blanca. Aunque terminaran tapadas por la tormenta, podrían activarlas a distancia y se elevarían hasta ser visibles.

La tormenta hacía casi imposible orientarse y si no fuera por el mapa proyectado en el casco del exotraje, habrían terminado perdidos sin remedio. Después de lo que pareció una eternidad blanca, Uri levantó el brazo y Carmela se detuvo. Estaban a la vista de la base, aunque ellos no podían distinguirla en la tormenta. Se tumbaron en el suelo para evitar ser descubiertos y conferenciaron a través de su enlace de radio.

—Nos encontramos a un kilómetro del perímetro exterior de la base, Carmela. A partir de aquí, el mando es tuyo.

Uri era el que más experiencia tenía en ambientes polares y había llevado el mando en el camino hasta la base, pero Carmela tenía más experiencia táctica, por lo que ahora ella daría las órdenes.

—Muy bien, vamos a hacer esto simple. Si los mapas que nos han guiado son correctos, estamos frente al lado sur de la base, donde se encuentra una de las entradas principales. La tormenta nos favorece ya que es muy difícil que haya guardias en el exterior, pero esa entrada y la del lado norte estarán muy vigiladas, así que no nos valen. La compuerta de acceso a los hangares tiene el mismo problema, así que vamos a buscar otra forma de entrar.

—¿Cuál es tu plan?

—Vamos a escalar la pared de la base —dijo Carmela, sonriendo—. He traído ganchos de succión para ti y para mí, así que solo tenemos que llegar a la pared de la base, escalarla y ya en el techo, buscar un acceso que pueda sernos útil. Por fuerza tiene que haber, al menos, salidas de ventilación.

—Cierto, pero estarán protegidas por sensores.

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Ahora mismo, lo importante es meternos ahí dentro y en el techo seguro que encontramos un acceso. Sígueme, Uri.

Sin más, la legionaria comenzó a reptar en dirección a la base, con el fontiano detrás de ella. Avanzaban despacio, tanto para evitar ser vistos como por los efectos de la tormenta: aunque los exotrajés les protegían del frío, debían parar cada pocos metros para evitar ser arrastrados por las ráfagas de viento huracanado. Cuando eso ocurría, se pegaban al suelo y afirmaban manos y pies para mantenerse en el sitio.

A pesar del peligro que acarreaba para ellos, la tormenta había sido un golpe de suerte. Con un clima más tranquilo, habrían sido incapaces de acercarse tanto hasta la base sin ser detectados. Sin embargo, cuando Carmela notaba cómo la movía el viento y clavaba literalmente sus extremidades para evitarlo, ya no se sentía tan afortunada.

Necesitaron más de una hora para alcanzar el perímetro de la base y la tormenta no paró en ningún momento, pero al final pudieron ver una pared alzándose varios metros por encima de ellos. Sin decir palabra, Carmela se arrodilló y extrajo de la mochila los ganchos de succión, que afirmó en sus manos y sus rodillas. Uri recibió los que le dio su compañera y la imitó. Por gestos, pues mantenían silencio de radio desde hacía tiempo, Carmela indicó que ella iría primero. Uri juntó el índice y el pulgar para expresar su conformidad.

Inspirando hondo el aire reciclado del exotraje, Carmela comenzó a escalar la pared de la base. Los ganchos de succión eran controlados a través de unos botones en los ganchos colocados en las manos, por los que se activaba y desactivaba la ventosa magnética de los mismos. Con la ayuda de las irregularidades que iba encontrando, Carmela fue escalando los quince metros de pared, parando cada vez

que el viento aumentaba. En esos casos, activaba todos los ganchos y aguantaba hasta que disminuía la fuerza del aire.

Cuando llegó al borde de la pared, miró a derecha e izquierda en busca de cámaras de vigilancia. Si las había, estaban escondidas así que confió que la tormenta pudiera ocultarla y subió al techo, tumbándose para evitar ser detectada. Al poco tiempo, apareció Uri, que hizo la misma operación, siguiendo las indicaciones de su compañera.

A aquella altura, el viento era todavía más fuerte, así que se arrastraron hacia una antena de comunicación cercana que podría resguardarlos de las heladoras ráfagas. Parcialmente protegidos, pudieron comunicarse mediante signos y examinar la zona del techo a la que habían llegado.

Uri tocó el hombro de Carmela y llamó su atención sobre una acumulación de nieve situada a su izquierda, de la que sobresalía una manivela. La legionaria alzó el pulgar y ambos se dirigieron hacia allí. Tras limpiar la nieve, vieron una compuerta cerrada. Carmela sacó su fusil láser y montó guardia mientras Uri comprobaba en su *pad* si había sensores controlando el acceso. Estuvo varios minutos manipulando la pantalla hasta que estuvo satisfecho de las lecturas y levantó el pulgar. Después, giró la manivela. La compuerta se abrió y vieron una escalera que descendía a la oscuridad. Carmela inició el descenso y Uri bajó detrás de ella.

Estaban dentro.

La escalera descendía varios metros y terminaba en un pequeño cuarto, que Carmela iluminó con el foco del exotraje. Había tres armarios cerrados y otro abierto donde se veía un traje térmico. Debía ser un cuarto de mantenimiento en el que los traficantes se vestían antes de subir al techo por la escalera.

La legionaria se acercó a la única puerta del cuarto mientras Uri terminaba de bajar la escalera. Tanteó el pomo, que se mantuvo inmóvil. Lo forzó, pero la puerta siguió cerrada. Con un gesto de la cabeza, se lo indicó a su compañero. El fontiano se arrodilló frente a la puerta y examinó el panel táctil de la pared cercana. A través de él, el sistema reconocía las huellas dactilares de los traficantes y abría la puerta. Haciendo palanca con su cuchillo, Uri desmontó el panel. Después, sacó de su mochila un *pad* diferente al anterior, modificado personalmente por el fontiano para su uso en este tipo de operaciones, del que extrajo un cable de conexión que acopló a los circuitos que habían quedado a la vista.

—¿Vas a tardar mucho, Uri? Debemos movernos ya —dijo Carmela.

—Será solo un minuto —respondió el legionario mientras tecleaba en el *pad*—. Solo tengo que recuperar un acceso válido, volver a introducirlo en el sistema y activarlo... ahora.

El fontiano giró el pomo y abrió la puerta una rendija. Mientras recuperaba el cable, Carmela examinó el exterior y, satisfecha de lo que veía, salió del cuarto con

cautela. Estaban en un pasillo metálico con varias puertas que se extendía a izquierda y derecha, terminando en otros pasillos perpendiculares.

—Creo que estamos en una de las zonas de almacenaje del cuarto nivel —dijo la legionaria, retrayendo el casco de su exotraje y respirando el aire del complejo—. Debemos movernos en dirección este para llegar a las escaleras y descender hasta el reactor.

Uri retrajo su casco también y empuñó su fusil láser.

—Seguro que vamos a encontrar resistencia por el camino. —El legionario puso su arma en modo automático—. Por suerte, no necesitamos prisioneros.

Carmela le miró de reojo.

—Esa actitud de mercenario sobra. Será mejor que te concentres en cumplir la misión, no en provocar un baño de sangre.

—No te entiendo, Carmela —dijo el fontiano, con sus grandes ojos cubiertos por las gafas protectoras—. ¿Acaso no hemos venido a destruir esta base? Eso matará a los miembros del Puño Cuántico. ¿También es un baño de sangre?

Carmela suspiró, buscando una respuesta. Al final, se encogió de hombros y comenzó a caminar con el fusil apoyado en el hombro. Tras un instante de duda, Uri la siguió con su arma preparada y vigilando sus espaldas.

A medida que caminaban por la base, los dos legionarios quedaban sorprendidos por el buen estado de las instalaciones. No solo es que estuvieran razonablemente limpias y cuidadas, sino que el equipamiento era de última generación. Por ejemplo, las terminales de acceso al sistema de la base que encontraban eran más modernas que las instaladas en la *Conquistador*. No era una operación criminal como otras que habían conocido; había muchos créditos invertidos allí.

Según calculaban, habían seguido el camino más directo hasta las escaleras de emergencia, que conectaban todos los niveles del complejo. Hasta entonces, no habían encontrado a nadie en la base, pero ambos sabían que su suerte no sería eterna; para llegar a su objetivo debían atravesar una habitación más grande, que los planos designaban como un almacén que comunicaba con el pasillo principal del nivel. Si había algún lugar donde podían hallar oposición, era allí.

Carmela apuntaba con su fusil delante de ella en todo momento, moviéndose con un ritmo pausado y constante al tiempo que estaba pendiente de cada esquina y cada puerta por la que pudiera salir un traficante. Uri hacía la misma operación por detrás, asegurándose de que nadie los siguiera.

La legionaria apoyó la espalda contra una esquina, haciendo un gesto a su compañero para que se detuviera. Como había hecho en cada intersección, sacó un pequeño espejo de un bolsillo del exotraje y lo usó para ver qué había detrás de la esquina. Podría haber usado un ojoespía o una microcámara de tubo, pero prefería aquella solución de baja tecnología.

A través del espejo, pudo ver como el pasillo se ensanchaba y terminaba en un almacén lleno de cajas y contenedores de diversos tamaños. Estaban cerca de las

escaleras. Como no había visto ningún traficante, guardó el espejo y dobló la esquina, entrando en el almacén y apuntando con su fusil a todos lados. Uri fue detrás de ella y se colocó a su lado, revisando todos los huecos y ángulos con su arma.

Avanzaron más lentamente de lo habitual, pues en aquella habitación tan grande todos los sonidos parecían aumentar y no querían alertar a nadie con sus pasos. De repente, Carmela vio un signo familiar en uno de los contenedores y se acercó. Uri la observó extrañado antes de seguirla.

—¿Qué ocurre? —susurró el fontiano.

—Conozco esta marca —respondió ella—, pero no puede ser.

Carmela sacó su cuchillo y se dispuso a abrir un contenedor marcado con dos torres cónicas. Rompió el sello plástico que lo cubría y retiró un poco la tapa. Metió la mano y la sacó, sosteniendo cientos de pequeños granos de arroz.

—No tiene sentido... ¿Para qué querría el Puño Cuántico un cargamento de arroz sefamí? —se preguntó en voz baja.

—Puede que les guste mucho —dijo Uri.

—Si esa es la razón, debe gustarles mucho mucho. —Carmela hizo un ademán señalando a los contenedores con el mismo signo que los rodeaban—. Toda esta sección del almacén está llena, debe haber toneladas de arroz sefamí. Qué raro...

Uri iba a responder cuando escucharon unos pasos. Sin decir palabra, los dos legionarios se ocultaron entre los contenedores, cada uno en un lado del pasillo formado por las cajas. Aguantando la respiración, escucharon como los pasos seguían acercándose. A diferencia de ellos, su autor o autores no se preocupaban por el ruido que hacían.

En ese momento, se sorprendieron al escuchar una risita ahogada, seguida por unos murmullos. Carmela abrió los ojos y alzó la palma de la mano para que lo viera Uri, que estaba escondido al otro lado del pasillo. *Calma*. Aquello no parecía normal y no debían precipitarse. Finalmente, los pasos se acercaron y escucharon nuevas risas disimuladas. Entonces, el inconfundible sonido de un apasionado beso rompió el silencio.

—Nib, no seas loco —dijo una voz femenina.

No hubo respuesta, exceptuando el sonido de varios besos sobre piel, acompañados por más risas.

—No sé qué tenéis las humanas que me vuelve loco —dijo una voz muy grave—. Hagámoslo aquí, Jeena.

—¿Pero qué dices? ¿Y si viene alguien y nos descubre?

—Nadie vendrá, me ocupé de modificar las guardias. Estamos solos aquí.

—Mmmm... ¿Y qué tienes pensado, amor?

—Nada especial, creo que mejor nos dejamos llevar...

De nuevo, los besos interrumpieron el diálogo de los dos amantes. Carmela miró a Uri y gesticuló con el índice, señalándole a él y después en la dirección del sonido. El legionario respondió mostrando el pulgar y su compañera levantó la palma de la

mano, ocultando los dedos en una cuenta atrás. Cuando formó un puño, los dos salieron de su escondite con sus armas preparadas.

Delante de ellos tenían a una mujer humana quitándose el mono de trabajo, que ya estaba desabrochado, y un hombre ondariano, lampiño y de largas extremidades, que tenía su cabeza alargada escondida entre los pechos de la mujer. Resultaba cómico ver al ondariano, con sus casi dos metros, agachado en cuclillas para hundir su cabeza en los pechos de una humana de metro sesenta y una sonrisa afloró al rostro de Carmela. Por unos instantes, ninguno de los dos traficantes se dio cuenta de que tenían público y continuaron con sus preliminares. Entonces, Uri habló.

—No os mováis.

La pareja se giró sobresaltada, quedándose quietos ante la amenaza de las armas.

—Se acabó la fiesta, Romeo —dijo la legionaria—. Poned las manos en alto donde podamos verlas y no digáis ni una palabra, o moriréis.

Los dos traficantes obedecieron y pusieron las manos en alto. Uri señaló al ondariano.

—No tengo muy claro cómo funcionáis las especies no ovíparas, pero creo que tienes una inflamación ahí abajo, amigo.

—Nada de bromas, por favor —dijo Carmela—. Átalos, yo te cubro.

El fontiano guardó su fusil en la mochila y sacó unas bridas, con las que sujetó las muñecas de los dos traficantes. Para mayor seguridad, los hizo tumbarse y puso una brida más en sus tobillos, dejándolos prácticamente inmovilizados.

—¿No tienes nada para amordazarlos? —preguntó Carmela.

—No pensé en tomar prisioneros, así que no le veía utilidad.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Podemos matarlos y olvidarnos del problema.

—¡No tenéis ni idea de con quién os la estáis jugando! —dijo la mujer.

Uri la miró y, sin mudar el gesto, la propinó un derechazo en la mandíbula.

—Creo que mi compañera fue muy clara, no queremos escuchar ni una palabra vuestra —dijo, mientras la mujer escupía sangre al suelo—. Si alguno de los dos vuelve a hablar, lo mato.

—Será mejor que le hagáis caso. Tiene muy mal genio. —Carmela se acercó a Uri y susurró al oído—. ¿Qué coño vamos a hacer con ellos? No podemos dejarlos aquí.

—Ya te lo dije. Un par de tiros y problema solucionado.

—No —susurró con convicción—. No voy a asesinar a nadie a sangre fría.

—Yo lo haré.

—Y tú tampoco. —Carmela agarró al fontiano por el brazo y lo hizo girarse para verle la cara—. Ni siquiera en una misión como esta debemos descender a su nivel. No somos asesinos, Uri.

—Estamos perdiendo el tiempo. —El legionario se soltó y la miró enojado—. ¿Crees que ellos tendrían la misma compasión?

—No se trata de lo que harían ellos, sino de qué vamos a hacer nosotros. — Carmela lo miró fijamente—. No vamos a asesinar a nadie.

El fontiano permaneció inmóvil, mirando a Carmela a través de sus gafas protectoras.

—Está bien —dijo finalmente—. ¿Entonces qué hacemos?

Carmela señaló a los contenedores a su alrededor.

—Los esconderemos.

Tuvieron que buscar un poco, pero terminaron por encontrar un contenedor adecuado para encerrar a los dos traficantes. Era una celda móvil usada para transportar ganado, que contaba con persianas de acereno para resistir las embestidas de cualquier bestia y una pantalla de silencio para evitar que el ruido de los animales saliera al exterior.

Cuando lo cargaron entre los dos, el ondariano intentó resistirse, forcejeando contra los legionarios, pero atado como estaba era poco lo que podía hacer y un puñetazo de Uri hizo que se quedara quieto. La mujer se revolvió un poco más, pero un directo al estómago hizo que perdiera el aliento y ya no opusiera resistencia. Cerraron las persianas y activaron la pantalla de silencio. Carmela suspiró.

—¿Estás contenta ahora? —preguntó Uri.

—Pues ahora que lo dices, sí. —Dio un golpe en el hombro a su compañero—. Hazme caso, habrías terminado lamentándolo.

—No lo creo, pero si con eso consigo que te centres en la misión, lo daré por bien empleado.

—¿No te parece raro, Uri?

—¿A qué te refieres?

—Toda esta comida aquí, o que haya una celda móvil de transporte de ganado. No me parece que sea el botín habitual de una peligrosa banda de traficantes.

—La comida también es valiosa.

—Sí, pero mi intuición me dice que hay algo más. —La legionaria mostró una identitarjeta—. Se la quité al ondariano antes de encerrarlo. ¿Puedes utilizarla para acceder al sistema de la base y ver qué encuentras?

—Carmela, eso no es un procedimiento estándar...

—Esto es un código negro, aquí no hay nada estándar. Si no quieres, no examines ningún archivo, solo vuelca todo lo que puedas; ya habrá tiempo para analizarlo después.

—Está bien, vamos a arriesgar toda la misión basándonos en una intuición tuya. —Agarró la identitarjeta y se dirigió a un terminal que había en la pared—. ¿Por qué no? ¿Qué puede salir mal?

Carmela sonrió. Aunque Uri se quejaba, haría lo que le había pedido pues sabía, como ella, que había algo extraño en esa base. Aquellas protestas no eran más que puro teatro.

El fontiano sacó su *pad* y lo conectó al terminal, para después introducir la identitarjeta. Con el acceso proporcionado por la misma, comenzó a teclear en su *pad*. Carmela se acercó y lo observó mientras trabajaba. Uri era un auténtico as a la hora de infiltrarse en sistemas informáticos; si había algo que mereciera la pena, lo encontraría.

Después de unos minutos, la expresión del legionario cambió. Los rápidos movimientos de su cabeza indicaron a Carmela que se había topado con algo interesante.

—¿Qué tienes?

—Estoy copiando su base de datos. No podré llevármela entera, pero sí una gran parte. Así podremos hacernos una idea de las mercancías con las que trafica el Puño Cuántico —dijo Uri—. También he entrado en el sistema de seguridad. Los miembros de la banda están en los dos niveles inferiores. Hay al menos cuarenta traficantes registrados actualmente en el sistema; vas a tener que mancharte las manos.

—Tranquilo, que no habrá problema —contestó la legionaria—. ¿Algo más?

—Sí. —Uri desenchufó el *pad* y miró a Carmela—. Según el sistema, hay un prisionero en el nivel menos dos y, no te lo pierdas, es un legionario.

—¿No hay más información?

—Negativo. He explotado todos los privilegios de esta identitarjeta. Si hubiera tiempo, podría programar unos protocolos de identidad falsos, introducirlos en el sistema y conseguir acceso a esos datos, pero tenemos un trabajo que hacer. —Guardó su *pad* en la mochila—. Hay que llegar al reactor de fisión y volarlo, es la forma más rápida de destruir esta base. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—¿Cómo puedes decir eso? —Carmela lo miró y no pudo evitar una mueca de disgusto—. Si hay un legionario prisionero en esta base, nuestro deber es rescatarlo. La Legión no abandona a los suyos.

—Pero si vamos hacia las celdas, luego no tendremos una ruta directa hasta el reactor. Tendríamos que desandar parte del camino hasta el nivel menos uno y después abrimos paso hasta el menos cuatro, eso sin mencionar el riesgo de que salte una alarma y todo el complejo se ponga en alerta. Bastante trabajo tenemos ya para complicarnos.

—Es un legionario, Uri. No podemos dejarlo ahí.

—Carmela —dijo el fontiano juntando las palmas de las manos frente a sí—, ni siquiera sabemos seguro que sea un legionario. Podría ser un enemigo del Puño que se ha hecho pasar por legionario por algún motivo.

—No importa. ¿Y si es un auténtico legionario hecho prisionero? —Carmela se enderezó—. No voy a correr ese riesgo, voy a rescatarlo.

El fontiano permaneció inmóvil, mirando a su compañera durante un buen rato. Al final, suspiró.

—Tendrás que hacerlo sola, Carmela. Yo iré en dirección al reactor. —Uri señaló a la legionaria—. No digas nada, no vas a lograr convencerme. Esta base va a ser destruida, aunque tengamos que perecer en el intento. Se lo debemos a los legionarios del *Deveraux* y estoy seguro de que ese legionario preso en la base estaría de acuerdo conmigo.

En esta ocasión, fue Carmela quien observó largo rato a su compañero legionario.

—No creo que ningún legionario del *Deveraux* fuera capaz de abandonar a un compañero.

Carmela se giró y caminó en dirección a las escaleras. Detrás de ella, Uri se quedó solo en el almacén.

Carmela bajó los escalones en silencio, apuntando hacia delante con su fusil láser. Había descendido ya dos niveles de escaleras y no había encontrado ninguna oposición. Sin embargo, su mente seguía dándole vueltas a lo que había hablado con Uri. Sabía que el fontiano era un legionario decidido y que su origen alienígena hacía que a veces tomase decisiones sin sentido para los humanos. Pero no comprendía aquello. ¿Cómo podía dar de lado a un compañero legionario? Sí, quizá ni siquiera era un legionario el ser encerrado en las celdas, pero no podían arriesgarse a que no lo fuera. ¿Por qué le costaba tanto entenderlo?

En cuanto lo pensó un poco, vio que la respuesta no tenía nada que ver con Uri. Era ella. La misión no le había gustado desde un principio y el hecho de que fuese un código negro no hacía más que agravar la situación. Por eso tenía tantos reparos en matar a los traficantes y por eso había preferido desviarse de su objetivo principal en pos de uno secundario. En otras circunstancias, Carmela habría buscado la manera de hacer compatibles los dos objetivos pero no en este caso.

Se detuvo en cuanto llegó al nivel cero. Si lograba salir con vida de aquella base, tendría una conversación muy seria con el comandante Gillan y si descubría que el Alto Mando de la Legión no tenía conocimiento de aquella misión, serían más que palabras.

Respiró hondo y continuó descendiendo. La gran cantidad de cables de energía y cuadros de control demostraba que eran unas escaleras técnicas que debían usarse muy raramente, pues casi no tenían iluminación y la temperatura estaba apenas por encima de cero grados. Al pasar por el nivel menos uno, se preguntó qué camino tomaría Uri para llegar hasta el reactor y si llegaría antes que ella, pero apartó aquellos pensamientos de su mente. Estaba llegando al nivel menos dos y necesitaba toda su concentración.

La puerta de acceso no estaba cerrada y cedió sin hacer ruido. El pasillo al que daba estaba iluminado por varios leds brillantes y Carmela se tomó unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la claridad. Después, entró en el corredor, que se extendía hacia delante una docena de metros para terminar en otra puerta.

Aquella puerta sí estaba cerrada y no cedió cuando intentó abrirla. Al lado había un panel táctil como los que habían encontrado anteriormente. Si intentaba usarlo, la alarma sonaría con toda seguridad, y Carmela no tenía los conocimientos de Uri para poder acceder al sistema. No podía seguir adelante.

Preso de la frustración, dio un puñetazo a la pared. Se planteó utilizar una pequeña carga explosiva de matzomita para sacar la puerta del marco, pero era una solución excesiva y el ruido atraería a los traficantes. Sería como si ella misma activara la alarma.

Piensa, Carmela, piensa.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos y buscar otro camino cuando algo le llamó la atención del panel. ¡Por supuesto! En el lateral tenía un lector de identitarjetas, seguramente como sistema de comprobación redundante. Uri se había quedado la del ondariano, pero ella conservaba todavía la de la mujer. Debería estar autorizada a entrar en aquel nivel ¿verdad?

Solo había una forma de averiguarlo.

Pasó la identitarjeta por el lector y aguardó. Al momento, el panel se tornó verde y la puerta hizo un audible *clac*. Carmela la abrió y entró en un nuevo pasillo que se extendía a derecha e izquierda, con varias puertas en ambos sentidos. En la documentación que habían estudiado en la lanzadera no aparecía ninguna referencia a este nivel, así que tendría que probar suerte.

Eligió la derecha y caminó con sigilo, atenta a cualquier sonido. Dado que no sabía cómo llegar a las celdas, decidió ir probando cada puerta para ver dónde llevaban. Las dos primeras puertas estaban cerradas, así que las descartó; la tercera era un cuarto vacío donde alguien se había entretenido pintando figuras obscenas en una pared; al abrir la cuarta puerta, se encontró con un corredor mucho más ancho que los que había visto hasta el momento, que se abría a su izquierda y continuaba en línea recta durante más de cincuenta metros. Había puertas a intervalos regulares en ambos lados del pasillo, pero lo que la hizo agacharse y dejar solo una rendija abierta es que escuchó voces que venían del otro extremo del corredor.

Con mucho cuidado, Carmela usó su espejo a través de esa rendija para examinar el pasillo e intentar detectar el origen de las voces. Pero el corredor estaba totalmente despejado hasta donde ella podía ver. Suspiró y abrió la puerta silenciosamente. Tendría que encontrar ella misma la fuente de aquellas voces, así que comenzó a andar en cuclillas, con su fusil láser apuntando al frente. Según iba avanzando, las voces se volvían más nítidas y podía escuchar la conversación.

—... no merece seguir vivo —dijo una voz masculina.

—Tranquilo, Mateus ya le hizo cantar una vez. Ahora le sacará toda la información que pueda y después acabará con él —contestó otra voz masculina.

—Que venga pronto, o juro que mato a ese hijo de puta. Y pensar que confié en él...

Pegada a la pared, Carmela se acercaba al lugar de dónde venían las voces, que era una de las puertas del lado derecho del pasillo. Allí se encontraban los traficantes, que seguían conversando mientras ella se aproximaba.

—Lo único que espero es que podamos ocuparnos nosotros de él, como hacíamos en los viejos tiempos.

—Olvídate de eso, Lars. Mientras esos bichos sigan metiendo créditos, van a seguir manejando todo y la verdad es que no me importa. En el último año, he sacado más que en los cinco anteriores.

—Joder, Ebon. ¿Es que no piensas en nada más que en los créditos? ¿No te molesta que ahora tengamos que recibir órdenes de un puto treyano?

—Mientras los créditos sean buenos, no me importa.

—Pues a mí sí, hostia. Mi padre murió en la guerra con los treyanos y no tengo por qué obedecer a un puto bicho —dijo el llamado Lars.

—Pero si nunca conociste a tu padre, ¿qué más te da?

—¡Esa no es la cuestión, coño!

—¿Entonces cuál es?

—¡Vete a la mierda, Ebon!

Enojado, el traficante llamado Lars salió por la puerta. Carmela, que aguardaba pegada a la pared, aprovechó la oportunidad y lo atrajo hacia sí, rodeando su cuello con el brazo izquierdo y tapándole la boca con la mano derecha. Lars se resistió, pero la legionaria lo había pillado por sorpresa y lo tenía firmemente sujeto. Los golpes que le daba no podían hacerle daño con el exotraje puesto y Carmela presionaba cada vez más fuerte para asfixiarle. Al final, los brazos del traficante colgaron flácidos a los lados, pero la legionaria siguió apretando durante varios segundos más, para asegurarse.

Cuando notó que el cuerpo que tenía entre los brazos estaba inerte, Carmela lo depositó en el suelo con suavidad. Después usó de nuevo el espejo para observar el interior de la sala. Un hombre con uniforme negro estaba sentado en una silla, observando un *pad* que tenía en la mano. Apoyado sobre la silla había un fusil laser. La habitación tenía otra puerta al fondo, de apariencia muy sólida.

Tomó aire sin hacer ruido y contó mentalmente. Al llegar a tres, se plantó en el hueco de la puerta y realizó un único disparo con su arma que impactó en la cabeza del traficante, abriendo un agujero de tres centímetros en su cráneo. El *pad* cayó de sus manos al suelo y el llamado Ebon quedó sentado muerto en la silla, con la cabeza caída sobre el pecho.

Carmela cogió el cadáver del otro traficante y lo metió en la habitación, para evitar que fuera descubierto. Después, se acercó a la puerta del interior, de acero reforzado con una cerradura de combinación además del panel táctil a la izquierda. Tanta seguridad debía corresponder a la celda y la conversación de los traficantes indicaba que el prisionero tenía que estar allí encerrado.

La legionaria decidió no probar con la identitarjeta de la mujer; sería mucha casualidad que estuviese autorizada a abrir las celdas y no podía arriesgarse a que el sistema de la base detectara un acceso no autorizado. Tendría que buscar otro modo de abrir aquella puerta.

Examinó rápidamente los cuerpos de los dos traficantes, por si alguno tuviera alguna identitarjeta o llave de seguridad, pero no hubo suerte. Sin duda, su labor se limitaba a vigilar aquella puerta y nada más. Tocó con cautela con los nudillos en la puerta, por si alguien respondía al otro lado, pero no hubo ningún sonido. Golpeó

más fuerte y aguardó unos segundos, sin obtener tampoco respuesta. ¿Estaría vacía la celda?

Tiene que haber alguien dentro; si no, no habría dos guardias vigilando, pensó. Encajó su fusil láser en la bandolera que llevaba en el muslo y desacopló la mochila magnética, poniéndola frente a ella. Aunque no quería recurrir a ello, la matzomita era la única opción que tenía para abrir aquella puerta y rescatar al legionario que estaba preso dentro.

El explosivo que habían traído era maleable así que sacó varios pegotes del mismo que hizo cilíndricos colocándolos entre sus manos y moviéndolas una contra otra. Cuando consideró que tenía suficientes de aquellos cilindros, los fue colocando sobre la unión de la puerta con el marco, cubriendo todo el contorno de la misma.

Estaba tan concentrada que no escuchó nada hasta que fue tarde.

—Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí?

Cuando escuchó la voz, Carmela dejó caer el cilindro de explosivo que tenía en las manos, inofensivo sin el detonador, y se lanzó hacia la izquierda, girando sobre sí misma para quedar de pie. Su mano fue hacia la bandolera del muslo para coger el fusil láser, pero se paró a medio movimiento. En la puerta, apuntándole con un láser de mano, estaba el ser humano más grande que había visto nunca.

Aquel hombre tenía que ser un mutante o algún tipo de alienígena que Carmela no conocía. Medía algo más de dos metros, sus piernas eran cortas y musculosas... y ahí acababa todo atisbo de normalidad. Su tronco y brazos estaban hipertrofiados y eran mucho más grandes de lo que le correspondería. La envergadura de sus hombros y los músculos de sus brazos eran descomunales, mientras que sus manos eran de tamaño normal y, por tanto, diminutas. Lo mismo ocurría con su cabeza, que parecía más pequeña todavía en aquel tronco, por lo que el contraste con el resto del cuerpo era todavía más acusado.

—No muevas ni un pelo, guapa —dijo el ser mientras entraba en la habitación. Dado su tamaño, tuvo que entrar de costado, cosa que hizo sin dejar de apuntar a Carmela en ningún momento. Una vez dentro, su cuerpo cubría por completo la puerta.

—Mateus no sabe quién eres, pero si has llegado hasta aquí sin que salten las alarmas, eres muy peligrosa. —Señaló con su gigantesco brazo al fusil que tenía adosado al muslo—. Tira esa arma hacia Mateus, muy lentamente. Si haces un movimiento que no le guste a Mateus, estás muerta.

Carmela repasó a toda velocidad sus opciones. Ahora mismo no tenía otra que obedecer. Aquel bruto la estaba apuntando y no le quitaba el ojo de encima, así que sacó despacio el fusil de la bandolera y lo depositó en el suelo. Lo empujó con el pie hacia su captor, que lo detuvo con el suyo.

—Muy bien —dijo el gigante, sonriendo y mostrando una dentadura tan deformada como su cuerpo—. Si sigues siendo así de obediente, vas a llevarte muy

bien con Mateus. Ahora quítate el exotraje, Mateus no quiere sorpresas desagradables con ningún arma escondida.

La legionaria apretó los dientes, sin moverse.

—No, nada de protestas. —El llamado Mateus apuntó su láser directamente al rostro de Carmela—. Vas a quitarte el exotraje o Mateus abrirá un agujero en tu bonita cara igual que tú lo has hecho con Ebon. Tienes cinco segundos.

Soltando aire por la nariz, Carmela descubrió el panel pectoral de control y desactivó la corriente eléctrica que mantenía unidas las distintas partes del exotraje. Con un silbido, las junturas de los hombros y las ingles se separaron.

—Muy bien, buena chica. Quítatelo todo y después ve a aquella esquina. Mateus no quiere que tengas malas ideas.

Pieza a pieza, la legionaria fue desarmando el exotraje, comenzando por los brazos y siguiendo por las botas y las piernas. Después sacó la pieza del casco, y abrió la placa pectoral, cuyas dos piezas dejó en el suelo. Al final, Carmela quedó en ropa interior frente al bruto. Apartó todo y se fue a la esquina como le había mandado.

—Estupendo. —El gigante siguió sonriendo mientras guardaba el láser de mano—. Mateus pensaba que hoy sería un día divertido, con un prisionero con el que jugar a romper. Pero parece que va a ser un día especial, con dos prisioneros. ¡Y ni siquiera es el cumpleaños de Mateus!

—¿Jugar a romper? —preguntó Carmela. En realidad no quería saber qué era eso, pero necesitaba ganar tiempo. Sin armas, no podría con aquel bruto, pero al menos ya no la apuntaba con un láser.

—Claro que sí, es un juego muy divertido. Como Mateus es el más fuerte de la banda, debe tener cuidado cuando toca a sus compañeros para no hacerles daño. Pero con los prisioneros Mateus no tiene que tener cuidado. Xoom le deja jugar con ellos, y así luego dicen todo lo que saben para no jugar de nuevo con Mateus.

—¿Y quién es Xoom?

—Es nuestro jefe y Mateus no va a decir nada más. —El bruto juntó sus cejas y arrugó la frente—. ¿Crees que Mateus es tonto porque no habla como los demás? Te equivocas. Mateus sabe perfectamente qué solo intentas distraerle, pero no te servirá de nada. Nadie sabe qué estás aquí y eso significa que Mateus puede hacer lo que quiera contigo.

—¡No! No pensaba eso de ti, Mateus. Nunca pensaría que eres tonto por hablar diferente, es solo que me ha sorprendido. Me llamo Carmela.

—¡A Mateus le da igual cómo te llames! —El vozarrón inundó la sala y Carmela se encogió involuntariamente—. ¡Has matado a dos amigos de Mateus y por eso vas a morir!

En ese momento, el bruto dio un paso hacia delante y Carmela se movió hacia el centro de la sala, para poner la silla donde seguía el traficante muerto entre ellos y tener algún tipo de parapeto. Entonces vio el fusil láser que el llamado Ebon había

dejado al lado de la silla. Mateus se fijó también en el arma y, con una rapidez inusitada para su tamaño, se plantó frente al fusil y lo cogió.

—Ahora Mateus te va a enseñar lo que va a hacer contigo.

Sujetándolo con las dos manos, Mateus hizo fuerza y dobló el fusil láser con un crujido perfectamente audible. Carmela abrió los ojos sin poder creérselo; aquellas armas estaban hechas de acero al boro y para poder doblarlas, había que aplicar una presión de toneladas.

Notó cómo su corazón se aceleraba y la adrenalina fluía por su cuerpo. Si aquel bruto la agarraba, podía darse por muerta, pero primero tenía que agarrarla. *Ha guardado su arma, confía plenamente en su fuerza y ese es su error, aprovéchalo.*

Sin pensarlo, Carmela se acercó a Mateus, que sonrió al verla venir. Cuando el bruto intentó agarrarla, la legionaria se agachó, notando como las manos del gigante rozaban su pelo. Desde aquella posición, giró sobre sí misma y golpeó con todas sus fuerzas en la rodilla izquierda de Mateus con el codo.

El gigante gritó de dolor y Carmela rodó por el suelo para escapar de su alcance. Se agarró el codo con el que había golpeado y apretó los dientes. El golpe también le había dolido a ella, pero había conseguido lo que buscaba. Cojeando visiblemente, Mateus la señaló con el brazo, ciego de rabia.

—¡Vas a morir!

En aquel estado, el bruto ni pensaría en sacar su arma y matarla. Ahora solo tenía que sobrevivir. En su mente no había ningún plan a largo plazo ni ninguna estrategia, tan solo no morir en los próximos minutos. Si lo conseguía, ya pensaría un plan.

Se desplazó dando pequeños saltos a lo largo de la habitación, manteniendo la distancia con Mateus. El gigante caminaba arrastrando la pierna izquierda, pero su gran tamaño le permitía interponerse entre ella y la puerta en todo momento. Cuando se acercaba demasiado, intentaba agarrarla y Carmela lo esquivaba. Tras unos cuantos intentos, fue evidente para Mateus que no iba a conseguir atraparla así, por lo que el bruto cambió de táctica.

En lugar de perseguirla por la habitación, el gigante abrió sus brazos y caminó lentamente hacia ella. Carmela comprendió que quería acorralarla; con sus brazos extendidos casi cubría el ancho de la sala y la estaba arrinconando poco a poco. Cuando la legionaria se dirigía a un lado, Mateus la seguía, tapando su vía de escape.

Carmela se limpió el sudor de la frente. Si intentaba escabullirse por los lados, aquellos brazos la atraparían. Tenía que pasar a la ofensiva, por imposible que pareciera. Había logrado golpearlo una vez, y el próximo golpe tenía que ser definitivo.

Observó el cuerpo del gigante. A pesar de su exagerada musculatura, tenía que tener puntos de presión que pudieran incapacitarlo. Descartó todos los que conocía en los brazos y el tronco; con aquel desarrollo hipertrofiado, no podía arriesgarse a que su golpe no tuviera la suficiente fuerza.

Mateus vio cómo lo estaba estudiando y sonrió estúpidamente. Carmela apretó la mandíbula; ya sabía que iba a hacer y debía hacerlo ya, antes de que terminara de arrinconarla. Corrió hacia la pared y dio un salto para apoyar el pie derecho en ella. Impulsándose con él, giró al mismo tiempo para dar una patada al rostro del bruto con todas sus fuerzas.

El pie de Carmela impactó en la cara de Mateus e hizo que el gigante retrocediera dos pasos. La legionaria cayó sobre su pierna izquierda y miró a su contrincante, que estaba sacudiendo la cabeza. Cuando se detuvo, pudo ver que tenía el labio roto y sangrando. Hurgando con su diminuta mano en la boca, el bruto se arrancó un diente suelto y lo contempló por un instante, para después tirarlo a sus espaldas. Después, escupió en el suelo un lapo sanguinolento y se plantó frente a Carmela, que no daba crédito a sus ojos.

—Por hacer esto, Mateus se va a asegurar de que tu muerte sea lenta —dijo el gigante, acercándose a ella.

Carmela tragó saliva y separó un poco los pies, preparándose para atacar. Sus posibilidades eran mínimas, pero no iba a rendirse y vendería cara su vida. Se sentía extrañamente tranquila, segura de haber hecho lo correcto. *¿Es así cómo se sienten los condenados a muerte?*

—¡Quieto!

En la puerta de la habitación, Uri Rys apuntó con su fusil láser a la espalda del gigante y disparó cuatro veces, abriendo cuatro agujeros en la carne. Mateus gritó de dolor y se giró.

—Nadie amenaza de muerte a un legionario, escoria.

Dejando apretado el gatillo, Uri lanzó una ráfaga que destrozó literalmente la cabeza del bruto. Por un segundo, el gigantesco cuerpo siguió sosteniéndose de pie, como si se no se hubiera enterado de lo sucedido. Pero al final, cayó hacia delante con un tremendo estrépito. Detrás del gigante, Carmela sonrió al ver a su compañero.

—Uri, si no fueses de sangre fría, te besaría ahora mismo.

—Por favor, Carmela —replicó—, sabes que mi especie y la tuya son sexualmente incompatibles. Y aunque lo fuesen, no me pareces la compañera adecuada para depositar mis huevas, eres demasiado femenina.

—Gracias por el piropo —dijo Carmela, mientras recuperaba su fusil y se ponía de nuevo el exotraje—. ¿Qué haces aquí? ¿Llegaste al reactor?

—No, me di la vuelta a medio camino. —El legionario miró a Carmela con sus grandes ojos sin párpados—. Tenías razón, rescatar a un compañero legionario tiene prioridad, sobre todo si está vivo. Los legionarios del *Deveraux* ya no tienen prisa para vengarse.

Carmela terminó de ajustarse el casco y activó la corriente para unir todas las partes del exotraje, mientras miraba a su compañero.

—Parece que en esa mollera fontiana ha entrado algo de sentido común, por fin.

—Creo que los humanos tenéis un dicho para estos casos, más vale tarde que nunca.

—Así es. —Señaló a la puerta—. Creo que ahí está nuestro legionario prisionero, pero yo no soy capaz de forzar esa puerta. Iba a volarla cuando apareció el gigante que has matado.

—Ese es otro de tus defectos, Carmela. Eres poco sutil. —El fontiano desmontó el panel y conectó su *pad* al mismo—. Si haces explotar esta puerta, como mínimo saltarán todas las alarmas.

—No tenía muchas opciones. Mi compañero especialista en forzar sistemas decidió irse por otro lado.

—Tienes suerte de tener un compañero tan hábil —replicó Uri mientras tecleaba en el *pad*.

Carmela se giró para montar guardia mientras su compañero trabajaba. El cadáver de Mateus ocupaba gran parte de la habitación y tuvo cuidado en no tocarlo mientras se acercaba a la puerta. Todo estaba despejado.

—No hay nadie a la vista, Uri, pero no sabemos cuánto puede durar. ¿Te queda mucho?

—Este panel tiene protocolos de seguridad más estrictos y no quiero que el sistema de la base nos descubra. Cualquier error hará que suenen las alarmas y no queremos eso.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Entonces te lo diré de otra manera. Tardaré lo que tenga que tardar.

La legionaria suspiró y continuó controlando la puerta; lo último que necesitaban ahora era que aparecieran más traficantes. Aprovechó el momento de descanso para probar su codo. Seguía doliendo, pero si mantenía el brazo flexionado no la molestaba. Había tenido mucha suerte; si Uri hubiera aparecido cinco minutos después...

Apartó esos pensamientos de su mente; de nada le iban a servir ahora. Si había aprendido algo en los años que llevaba en la Legión, es que las cosas ocurren, y punto. Buscar motivos o preguntarse *¿qué hubiera pasado si...?* Solo conducía a divagaciones inútiles. Los filósofos podían perder tiempo con esas cuestiones; los legionarios tenían un trabajo que hacer.

—Creo que ya lo tengo.

Se acercó a Uri, que había desconectado el *pad* y estaba tecleando una combinación en la cerradura de la puerta.

—No he podido desconectar los protocolos de seguridad, así que he tenido que improvisar un superusuario e introducir una nueva combinación autorizada. —Acabó de teclear y un piloto verde se encendió—. Te aseguro que no es tan fácil como lo hago parecer.

El fontiano empujó la puerta y esta se deslizó hacia dentro. Ante sus ojos apareció una habitación pequeña, con una cama adosada a la pared y un retrete en una esquina.

Un hombre de piel oscura y pelo largo y castaño, vestido con un uniforme naranja, estaba tumbado de costado en la cama, mirando a la pared.

—Arriba, bello durmiente —dijo Carmela—. Si eres legionario, somos tu equipo de rescate; si no lo eres, tendrás que convencernos para no dejarte encerrado de nuevo.

El hombre se dio la vuelta y se levantó de la cama. Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Carmela?

Uri miró a su compañera.

—¿Conoces a este tipo?

—Ella me conoció con el pelo más corto —dijo el prisionero mientras caminaba hacia ellos—. Soy Brando Rokeni, estuvimos juntos en la Academia de la Legión.

Carmela lo reconoció en cuanto se acercó a la luz. Tenía el pelo mucho más largo y la barba de varios días, pero sus ojos azules eran inconfundibles.

—¡Joder, Brando! ¿Qué haces aquí?

—Es una historia muy larga y este es no el mejor sitio para contarla. ¿Podemos marcharnos?

—No tan deprisa —dijo Uri, apuntándolo con su arma—. Sería muy desagradable que nos hubiéramos tomado tantas molestias para liberarte, y que luego resultases ser un desertor.

—Tiene razón, Brando. No estamos aquí para rescatarte, y hace años que no te veo. Por lo que sé, podrías ser uno más del Puño Cuántico —añadió Carmela.

El prisionero suspiró.

—No tenemos tiempo, idiotas. En cualquier momento puede llegar Mateus a interrogarme y no es un tipo con el que queráis cruzaros.

—¿Te refieres a ese de ahí? —dijo Carmela, apartándose y dejándole ver el cadáver del gigante. Brando estiró el cuello para poder verlo mejor y silbó teatralmente.

—¿Habéis acabado con él vosotros dos solos? Os felicito, he visto a ese gigante acabar con un grupo de mercenarios armados sin despeinarse.

—Quizá debían haber apuntado a su cabeza —dijo Uri, que no apartaba el arma del prisionero—. Sigo esperando tu historia.

—Está bien, está bien —dijo Brando alzando las manos—. Pero tendré que contaros la versión resumida, no nos conviene entretenernos. Para el pescado aquí presente que no me conoce, soy miembro del Escuadrón de Espionaje de la Legión. Carmela puede atestiguar que era mi sueño en la Academia.

—Es verdad —dijo la legionaria—, y si eres el auténtico Brando, recuerdo que tenías un tatuaje peculiar detrás del hombro izquierdo. ¿Puedo?

—Por favor —contestó Brando, desabrochándose la camisa y dejando que Carmela viera su tatuaje—. ¿Es cómo lo recordabas?

La legionaria comprobó el tatuaje: un símbolo de tres aspas de peligro radioactivo encerrado dentro de un corazón.

—Sí, es el mismo que recuerdo —dijo Carmela—. Ahora dinos cómo has terminado en esta celda.

—Hace dos años, me infiltré en el Puño Cuántico y, desde entonces, he estado operando encubierto, esperando órdenes y transmitiendo todo lo que podía. Seguro que la información que habéis usado para llegar hasta aquí era mía —dijo, sonriendo—. En cualquier caso, hace cuatro meses, solicité una extracción. El líder del Puño, un psicópata llamado Xoom, comenzó a sospechar de mí y no me quitaba ojo de encima. Además, descubrí que la Mancomunidad Treyana estaba detrás del Puño, financiando sus operaciones a cambio de ciertos trabajos. Esa información era muy sensible y tenía que ser conocida por el Alto Mando de la Legión. Pero la extracción no llegaba y la tensión me estaba haciendo cometer fallos. Xoom se dio cuenta y me ponía a prueba en cada momento. Al final, terminé aquí.

—¿Por qué? —preguntó Uri—. ¿Qué hiciste para que ese Xoom te encerrara?

—Me negué a matar a sangre fría a un bebé —dijo Brando, sin rastro de emoción en su voz—. Era la excusa que necesitaba Xoom. Llevo semanas encerrado y después de pasar una tarde con Mateus, terminé confesando. —Señaló su brazo izquierdo y los legionarios vieron las marcas blanquecinas que delataban cirugía restauradora, del tipo que reconstruye extremidades seccionadas. Brando tragó saliva—. ¿Es suficiente? No podemos perder más tiempo o esta operación de rescate se irá a la mierda.

—Estamos conformes —dijo Carmela, después de que Uri asintiera—, pero estás equivocado, Brando. No hemos venido aquí a rescatarte, nuestra misión era volar esta base por los aires.

—¿Cómo? —El legionario parpadeó varias veces—. ¿No sabíais nada de mí? Imposible, si algún mando de la Legión ordenara una operación contra el Puño Cuántico, el Escuadrón de Espionaje lo sabría e informaría a los implicados de mi existencia.

—En este caso no ha sido así —señaló Uri—, y tendremos que averiguar cuáles han sido las razones. Pero tienes razón en una cosa, no podemos perder más tiempo, vámonos de aquí.

Los tres legionarios salieron de la celda. Brando se paró frente al cadáver de Mateus y escupió sobre el cuerpo. Después, cogió el arma de uno de los guardias y comprobó su correcto funcionamiento.

—Estoy listo, muchachos. ¿Dónde vamos?

—Nuestra misión sigue siendo la misma: destruir esta base —dijo Carmela—. Con tu ayuda, debería ser más fácil.

—No sé si será más fácil, pero desde luego que contáis con mi ayuda. Os guiaré hasta el reactor de fisión.

Los dos legionarios siguieron a su nuevo compañero pero en cuanto este atravesó la puerta que daba al pasillo, el sonido ululante de una alarma inundó el complejo. Miraron a Brando, que estaba tan sorprendido como ellos.

—No... no sé qué ha pasado.

—Tus ropas —dijo el fontiano—. Seguro que llevan algún sensor de proximidad, que salta en cuanto sales del perímetro de seguridad que han fijado.

—No puede ser —contestó Brando—. He estado mucho tiempo en esa celda y las he revisado una y otra vez. Son solo ropas, no había nada más en ellas.

—¿Entonces...? —dijo Carmela.

—Entonces no está en la ropa —contestó Uri, señalando el brazo izquierdo de Brando.

Este abrió los ojos y apretó los dientes, furioso.

—¡Hijos de puta! —Apretó con fuerza el fusil—. No puedo ir con vosotros, pueden localizarme en cualquier lugar.

—La Legión no abandona a los suyos —dijo Carmela.

—¿Es que no me habéis oído? Si voy con vosotros estaré poniendo en peligro toda la misión.

—Entonces tendremos que cambiar los parámetros de la misión —afirmó el fontiano—. La información que posees es más importante que destruir esta base. Debemos ponerla en conocimiento del Alto Mando, junto con los datos que copié del sistema de la base. Si los treyanos están detrás del Puño, no puede ser para nada bueno.

—Tienes razón —dijo Carmela—. Brando, tenemos que salir de aquí. ¿Cómo podemos hacerlo?

El legionario se quedó pensativo por un segundo, mirando al suelo. Finalmente, alzó la vista y habló.

—No va a ser fácil pero qué coño, hoy hace un buen día para morir. ¡Seguidme!

Carmela corrió detrás de Brando, con Uri a su derecha. El legionario recién liberado los guiaba decidido a través de los pasillos del complejo, siempre con su fusil láser preparado para atacar a cualquier traficante.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó la legionaria, hablando en voz alta para hacerse oír por encima de la alarma.

—A los hangares; allí podremos robar una cosmonave para escapar.

—Creí que no había un camino directo entre este nivel y los hangares —dijo Uri.

—Estrictamente hablando, no lo hay. Pero hay unos montacargas que atraviesan el complejo y a través de ellos podemos acceder a los hangares.

En ese momento, al final del pasillo por el que estaban moviéndose, apareció un grupo de traficantes armados. Brando abrió fuego echándose al suelo y Carmela disparó pegándose a la pared. Un instante después, Uri se unió a los disparos. Los traficantes se replegaron ante la ofensiva de los legionarios, con dos de ellos caídos muertos en el suelo.

—¡La puerta a nuestra derecha! —gritó Brando.

Uri se giró y disparó sobre el panel táctil y la cerradura, que quedaron reducidos a un amasijo humeante. Después golpeó con el hombro sobre la puerta hasta que esta cedió y se abrió. Sin dejar de disparar, Brando y Carmela entraron por ella justo cuando los traficantes comenzaban a devolver el fuego. El fontiano cerró la puerta cuando pasaron y arrastró un armario contra ella.

Carmela recuperó el aliento y observó la habitación en la que se encontraban. Era un pequeño laboratorio informático, con todo tipo de equipo desperdigado encima de las mesas y varios ordenadores y terminales dispuestos en las paredes. No veía que la habitación tuviera otra salida.

—¿Dónde coño nos has metido, Brando? —preguntó sintiendo cómo la rabia se acumulaba en su estómago.

—En donde sea mientras estemos vivos. En cuanto se pasara la sorpresa, éramos un blanco fácil en el pasillo. Aquí podremos resistir.

—Tenía la impresión de que íbamos a intentar escapar. Encerrándonos aquí no vamos a lograrlo.

—¡No había otra opción, joder!

—Siempre hay una opción —dijo el fontiano, acercándose a uno de los terminales y enchufando su *pad*—. Como ya han saltado las alarmas, no tengo ninguna necesidad de ser cauteloso, veamos qué puedo conseguir del sistema.

En ese momento, oyeron ruidos contra la puerta.

—Uri, ¿cuánto tiempo necesitas? —dijo Carmela, desacoplando su mochila.

—Como no sé qué busco, no puedo estimarlo. Supongo que la respuesta adecuada sería todo el que podáis darme.

—Entendido. —La legionaria se dirigió a Brando—. ¿Cuántos traficantes puede haber en ese grupo?

—Si es un contingente de seguridad, serán ocho máximo, y creo que ya nos hemos cargado a dos.

—Ponte esto. —Tendió a Brando unas gafas fotosensibles que había sacado de la mochila—. Uri y yo tenemos el exotraje para protegernos.

—¿Qué tienes ahí? ¿Una traca?

—Una docena —respondió Carmela sonriendo—. De momento nos bastará con un par.

En sus manos sostenía dos esferas metálicas de diez centímetros de diámetro, conocidas vulgarmente en la Legión como tracas. Una vez activadas, explotaban por contacto produciendo un estruendo ensordecedor y una claridad cegadora.

—¿No tendrás unos tapones para los oídos por casualidad? —dijo Brando mientras se ajustaba las gafas.

—Me temo que no, no pensé en tener compañía. —Los golpes sobre la puerta eran cada vez más fuertes y el armario no aguantaría mucho más—. Uri, cierra tu exotraje.

El fontiano levantó el pulgar y cerró el casco de su exotraje. Carmela hizo lo mismo y se acercó a Brando.

—Lo siento mucho, pero no nos queda otra opción.

—No te preocupes, son gajes del oficio —dijo el legionario tapándose los oídos con fuerza—. Después de que exploten las tracas, voy a estar sordo durante mucho rato, así que será mejor que tengas paciencia conmigo.

—Si no morimos antes, la tendré —contestó Carmela.

El armario terminó cediendo y cayendo con estrépito al suelo. La puerta se abrió y Carmela lanzó hacia ella las dos tracas, que explotaron llenando la sala de luz y sonido. Los exotrajes de Carmela y Uri reaccionaron al instante, protegiéndolos de la claridad cegadora oscureciendo los cristales fotosensibles del casco y del ruido ensordecedor ajustando sus receptores externos. Brando tenía las gafas y estaba preparado, pero los traficantes no contaban con esa ventaja.

Cuando desapareció la luz, Carmela disparó con su fusil láser, aniquilando metódicamente a los traficantes. Algunos estaban tumbados en el suelo entre convulsiones y otros tanteaban con las manos, cegados por el resplandor. Solo uno seguía apuntando con su arma, disparando a ciegas hacia la pared y gritando, hasta que la legionaria acabó con su vida de un disparo.

Después de asegurarse de que, de momento, no venían más traficantes por el pasillo, Carmela se acercó a Brando, que estaba sentado en el suelo, sujetando sus oídos con gesto dolorido. Un hilillo de sangre le caía de ambas orejas, pero sonrió cuando se acercó Carmela.

—Menuda fiesta, y yo que quería perdérmela. ¿Has terminado con todos?

—Sí —dijo la legionaria, para después asentir con la cabeza.

—Perfecto, yo me he quedado sordo, pero puedo aguantar. Tenemos que seguir moviéndonos, díselo al pescado.

El fontiano ya se había puesto en pie y estaba guardando el *pad* en su mochila. Carmela recogió la suya, que seguía en el suelo y la acopló al exotraje.

—Tengo buenas y malas noticias. Las buenas son que he conseguido aislar uno de los montacargas y lo he bloqueado en este nivel. Solo con mi clave se puede poner en marcha, así que nadie nos lo quitará.

—Eso solo es una buena noticia. ¿No hay más? —dijo la legionaria.

—También he desconectado la alarma, ahora podemos pensar sin escuchar ese desagradable sonido.

—Gracias, Uri. ¿Y las malas noticias?

—Como dije antes, no me preocupé por ser sutil, así que saben que he bloqueado el montacargas. Eso significa que nos estarán esperando.

—Cojonudo. ¿Qué más?

—Parece que estos tipos no se andan con chiquitas. Tenían un robot de combate tipo Juggernaut y lo han activado.

Carmela silbó. Los Juggernaut eran la unidad definitiva de combate. Fuertes, duros y con una potencia de fuego similar a la de una cosmonave pequeña, se utilizaban en los ambientes más hostiles y agresivos y en las guerras más cruentas. Usarlo contra ellos era como matar mosquitos a cañonazos. No tenía sentido... hasta que miró a Brando. La información que conocía tenía que ser muy peligrosa, si es que usaban un Juggernaut para evitar su fuga.

Si necesitaba una prueba de que había hecho lo correcto, ahí la tenía.

—Entonces será mejor que no nos entretengamos —dijo Carmela—. ¿Tienes claro el camino, Uri?

—Cristalino.

—Déjame que hable con Brando y después guíanos. Solo será un minuto.

Brando los miraba sin decir nada, hasta que Carmela se acercó a él.

—¿Ya podemos ponernos en marcha? —dijo, levantándose del suelo.

—Sí —contestó ella, asintiendo con la cabeza.

—Estupendo, he estado pensando un camino para poder llegar a los hangares y me temo que solo nos queda una ruta larga y peligrosa a través de las escaleras técnicas. No es el...

—Nada de eso —Carmela negó con la cabeza y puso un dedo en los labios de Brando.

El legionario comprendió y calló, observando a su compañera. Esta señaló a Uri con la mano derecha mientras mostraba un dedo con la izquierda. Después le señaló a él, mostrando dos dedos y, por último, se señaló a sí misma mostrando tres.

—Entendido —dijo, llevándose la mano a la frente como si la saludara—. El pescado abre camino y yo le sigo. Espero que sepa dónde va porque si no, moriremos todos.

—Por supuesto que lo sé, puto mamífero retrasado —espetó el fontiano—. Y si no fueses tan inútil como para dejarte descubrir, no estaríamos metidos en este lío.

—No puede oírte, Uri —dijo Carmela.

—Lo sé, solo estaba desahogándome. —Se asomó al exterior del pasillo—. Está despejado, vámonos.

El fontiano comenzó a correr y sus compañeros le siguieron a través de los pasillos. En cada intersección, comprobaba con su fusil todas las direcciones antes de tomar el camino elegido, Brando lo seguía pendiente de toda indicación que le hiciera para cubrirlo y Carmela se encargaba de vigilar la retaguardia y que nadie los sorprendiera.

Tras unos minutos, llegaron a un pasillo que acababa en cuatro montacargas. Uri señaló el de la izquierda y todos corrieron hasta él. Allí, el fontiano tecleó un código numérico en el panel de acceso, y el piloto luminoso encima de la puerta se tornó verde.

—Esto no es una buena idea —dijo Brando, agarrando del brazo a Carmela—. Estos montacargas van directos a los hangares, pero seguro que están vigilados. Si los usamos, estaremos muertos en cuanto se abran las puertas.

—Tiene razón, Uri —dijo la legionaria.

—No hagas caso a tu amigo el sordo y escúchame; tengo un plan —contestó el fontiano.

En el nivel de los hangares, los miembros del equipo de seguridad apuntaban a la puerta del montacargas que subía desde el nivel menos dos. Su líder tenía la mano levantada, esperando a que llegara el momento de abrir fuego. Según le habían comunicado, en él iba el maldito traidor junto a un grupo de legionarios que lo había rescatado, matando a varios miembros de la banda.

Mantuvo la mano alzada mientras el montacargas se detenía. En cuanto las puertas comenzaron a abrirse la bajó gritando «¡Fuego!» y diez armas láser se activaron, llenando el hangar de olor a aire recalentado y ozono. Cada uno de los traficantes disparó repetidas veces sobre las puertas abriéndose, llenando la cabina de agujeros y humo.

Durante unos segundos, el resplandor de los disparos impidió ver el interior, pero en cuanto las puertas se abrieron por completo, el líder del grupo gritó de nuevo.

—¡Alto el fuego!

El montacargas estaba vacío.

Mientras el jefe del equipo de seguridad informaba al centro de mando de la base, ninguno de los traficantes se fijó en un panel que se deslizaba silenciosamente en el

suelo de la cabina. De repente, una mano lanzó una bolsa al aire, llena de esferas metálicas.

Las diez tracas que contenía la bolsa estallaron cuando tocaron el suelo, destrozando esta e inundando el hangar de luz y sonido. Los legionarios aprovecharon entonces para salir por el panel del montacargas del hueco en los bajos donde habían estado agarrados, colgando mientras la cabina subía hasta los hangares.

Ninguno de los traficantes se tenía en pie cuando comenzaron a disparar sobre ellos, presas de los efectos de las tracas. En apenas medio minuto la lucha, si es que se podía llamar así, había terminado. Brando se acercó a Uri y le dio una palmada en la espalda.

—¡Bien hecho, pececillo!

Carmela sonrió mientras el fontiano devolvía una mirada inexpresiva.

—Recuérdame una vez más por qué estamos rescatando a este tipo.

Su compañera iba a abrir la boca cuando un rayo láser cruzó el hangar e impacto en el pecho de Uri, lanzándolo hacia atrás. Carmela se giró para detectar el origen del disparo: un robot de dos metros y medio de alto, totalmente pintado de negro, cuyo brazo derecho había dejado de apuntar al fontiano para apuntarla ahora a ella. El Juggernaut.

Sintió como la empujaban y chocaba contra el suelo. Un nuevo rayo láser cruzó el hangar por encima suyo. Al empujarla, Brando había evitado que el robot la acertara. Se arrastraron como pudieron detrás de uno de los cadáveres de los traficantes y el legionario habló al oído de su compañera.

—No tenemos tiempo para discutir, Carmela, así que haz lo que digo. Voy a entretener al Juggernaut todo lo que pueda, busca al pescado y encuentra una cosmonave para escapar. Debería haber varias en la zona de carga, al fondo. — Brando miró nervioso por encima del cuerpo del traficante—. Recuerda lo que hablamos, ¡la Unión debe saber lo que pasa aquí!

Levantándose de un salto, Brando corrió hacia unas cajas que le darían algo de cobertura y los disparos del Juggernaut lo siguieron por el hangar. Carmela lo miró, maldiciéndolo en silencio. *¿Por qué cojones tienes que hacerte el héroe?* Estuvo tentada de atacar al robot mientras estaba pendiente de Brando, pero no podía. Eso significaba dejar abandonado a Uri, que podía estar agonizando.

Aprovechando una pausa entre los disparos del Juggernaut, la legionaria corrió en la dirección en la que había salido despedido Uri. Lo encontró en el suelo, estirado como un muñeco roto y temió lo peor. Se arrodillo y examinó el exotraje del fontiano. La placa pectoral estaba quemada por completo y había cedido en varios puntos. Una grieta cruzaba el cristal del casco y la juntura del hombro derecho había cedido, dejando la piel al descubierto.

—¡Uri!

Apretó la mano de su compañero mientras le alzaba la cabeza con cuidado. De manera vaga, escuchaba los ruidos del robot persiguiendo a Brando y a este gritando

para provocarlo. Toda su atención estaba concentrada en conseguir una señal de vida de Uri.

Cuando el fontiano abrió los ojos, casi lloró de alegría.

—Ummm...

—No hables, Uri. Has recibido un impacto directo del Juggernaut. —Carmela cogió en brazos el cuerpo de su compañero y sujetó el fusil con la mano derecha—. Voy a sacarte de aquí, colega.

Cargando con el cuerpo de Uri, se dirigió hacia la zona de carga que le había indicado Brando. El acceso se encontraba a continuación de una fila de contenedores y Carmela pudo ver varias cosmonaves en diversas fases de carga y descarga.

Un traficante apareció detrás de una carretilla elevadora y la legionaria abrió fuego contra él. No acertó a darle, pero salió corriendo; debía ser un mecánico pues estaba desarmado. Con Uri en brazos, no sobreviviría cuando llegaran sus compañeros, así que se dirigió hacia la cosmonave más cercana: un transporte individual de treinta y cinco metros, cuyo proceso de carga parecía finalizado.

Se detuvo frente a la compuerta de acceso y dejó a Uri en el suelo. Por fortuna, estaba abierta. Se metió dentro con cautela, no quería encontrarse ninguna sorpresa desagradable en el interior. Un examen rápido le permitió cerciorarse de que estaba vacía, así que regresó rápidamente a por Uri. Cargó con el fontiano y lo llevó hacia la cabina de mando, donde lo sentó en la cabina del copiloto, colocándole los arneses de seguridad.

—Carmela...

La voz del fontiano la sobresaltó.

—¡Uri! ¿Cómo estás?

—He... estado mejor —dijo, respirando con dificultad—. ¿Y Brando?

—Está entreteniendo al Juggernaut. Nosotros nos vamos.

—No...

—¿Cómo qué no? ¡Estás malherido!

—Esto es solo... un rasguño —contestó Uri—. No podemos irnos... sin Brando. La Legión... no abandona a los suyos.

Carmela lo miró fijamente. No sabía si abrazarlo o abofetearlo.

—Buen momento has elegido para recuperar el espíritu legionario —dijo mientras acaba de ajustarle los arneses—. ¿Estarás bien?

—Claro que... sí.

—Muy bien, entonces quédate aquí. Si ves que no volvemos, pon en marcha la cosmonave y huye. —La legionaria encontró los enganches del casco de Uri y se lo quitó con cuidado—. Así podrás respirar mejor. Activa la cosmonave y espéranos todo lo que puedas. Mantén abierto el canal de tu exotraje y te avisaré cuando estemos de regreso, para que nos abras la compuerta.

—A sus órdenes... capitana.

—No bromees, Uri, no te sienta bien.

—No es broma... es tu futuro —dijo el fontiano.

Carmela sonrió y le dio un beso en su frente escamosa. Después salió corriendo hacia el exterior mientras Uri comenzaba a manipular los sistemas de la cosmonave.

Cuando salió a la zona de carga, la compuerta se cerró detrás de ella. Todavía no habían llegado refuerzos pero no tardarían, así que corrió en la dirección por la que había venido, hacia la zona de los ascensores.

Allí pudo ver cómo, de alguna manera milagrosa, Brando todavía estaba vivo, gritando y provocando al Juggernaut, que disparaba una y otra vez contra él. Carmela notó que los disparos del robot no eran todo lo seguros que deberían ser. Era eso o estaba fallando adrede, aunque era imposible que un Juggernaut lo hiciera, pues era el robot de combate más avanzado de la Unión.

Fuera por la razón que fuera, aquello había mantenido a Brando vivo y quizá pudieran usarlo a su favor. Pero lo primero era llamar la atención de su compañero. En aquel momento, el robot estaba arrinconándolo, acabando poco a poco con las coberturas disponibles, y el legionario se veía muy agobiado.

—¡Brando! —gritó.

El robot se giró hacia ella, mientras que el legionario siguió oculto tras una pieza de maquinaria, ignorándola. *¡Estúpida!* ¿Cómo podía olvidar que Brando había quedado sordo?

Se tiró al suelo para esquivar el disparo del Juggernaut y se arrastró hasta un contenedor abierto del que brotaba un líquido brillante y viscoso. Lo tanteó con miedo y arriesgó subir el cristal del exotraje un momento para olerlo. A su nariz llegó el aroma inconfundible de la miel; incrédula, la probó con la lengua para asegurarse. *¿Qué demonios hace aquí un contenedor de miel?* Otro misterio más...

El ruido de los pasos del robot la hizo volver al ahora. O se movía pronto o moriría. Cerró el casco, mantuvo la espalda pegada al contenedor y se fue desplazando en dirección opuesta al sonido.

—¡Eh, cabeza de lata!

El grito de Brando fue seguido de varios disparos láser que impactaron sin hacer mella en el Juggernaut, pero hicieron que se fijara de nuevo en él. Los pasos del robot se alejaron de la legionaria. Tenía que aprovecharse de aquella circunstancia, ¿pero cómo?

De repente, se le ocurrió cómo. Desacopló su mochila y revisó la matzomita. Allí seguía, guardada en sus compartimentos seguros, incluyendo la que había querido usar para reventar la puerta de la celda y que después recuperó cuando se marcharon. En un bolsillo aparte estaban los detonadores, que sacó y fue colocando en las masillas de explosivo dentro de la mochila. Después los conectó todos a un solo temporizador.

Tragó saliva y reguló el temporizador a treinta segundos. Después selló la mochila y respiró hondo varias veces, hiperventilando. Se levantó y vio al Juggernaut

disparando de nuevo en dirección a Brando. Había dejado de prestarle atención, puede que no la considerara una amenaza.

Y ese sería su error.

Con un solo movimiento fluido del brazo, Carmela lanzó la mochila en dirección al Juggernaut, pero no hacia él, sino un poco a la izquierda. La mochila trazó un arco perfecto en su vuelo, pasando a medio metro de la espalda del robot. Entonces, atraída por el Juggernaut, la mochila se adhirió magnéticamente a su espalda.

Carmela se echó al suelo y aguardó. No tenía modo de avisar a Brando así que solo quedaba confiar en que su suerte le salvara, como había hecho hasta ahora.

De repente, la matzomita hizo explosión, reventando la parte superior del Juggernaut. La onda expansiva de la conflagración hizo que todos los contenedores y cajas que aún quedaban en el suelo salieran volando. Incluso tumbada como estaba, Carmela notó como la fuerza de la explosión la levantaba y lanzaba varios metros atrás.

Se levantó despacio, tanteándose los brazos y las piernas por si tenía algún hueso roto, pero el exotraje la había protegido de lo peor. Levantó la cabeza y vio las piernas del Juggernaut, que era lo único que quedaba del robot, en medio de un caos de contenedores ardiendo.

Mierda.

En su celo por terminar con el robot, podía haber terminado también con la vida de Brando. Sin pensarlo, corrió hacia el lugar donde lo había visto por última vez y comenzó a levantar cajas y escombros, buscando algún resto de su compañero. Sabía que era casi imposible que hubiera sobrevivido, pero se negó a dejar que eso la detuviera.

Giró la cabeza. ¿Había escuchado algo? Se concentró en escuchar, quedándose quieta y sin respirar. Finalmente lo oyó. Un gemido cerca de un contenedor a su izquierda, del que sobresalía una pierna descalza y con quemaduras. ¡Allí estaba! Se apoyó contra el contenedor y se agachó para sujetarlo con las manos; gritando, usó todas sus fuerzas para levantarlo y lo lanzó a un lado.

Debajo estaba Brando, o casi mejor dicho, lo que quedaba de él. El legionario tenía quemaduras por todo su cuerpo y su pelo había desaparecido, carbonizado por la explosión. Una pierna estaba aplastada y doblada de forma poco natural. Pero cuando Carmela se agachó, le escuchó murmurar.

—Podías... haber... avisado.

—Lo habría hecho si pudieras escucharme —dijo ella.

—Ese idiota... de Xoom... Sabía que... intentaría... matarme... él mismo... — La voz del legionario era apenas un hilo—. En vez de... dejar al robot... en automático... quiso manejarlo él... Idiota...

Brando se desmayó y cerró los ojos. Sonrió mientras lo levantaba con cuidado. Estaba muy mal, pero todavía no había muerto, así que aún tenía una oportunidad. Cargando con él en brazos, corrió hacia la cosmonave.

—Uri —dijo por el canal de radio que comunicaba los exotrajés—, estoy volviendo a la cosmonave y tengo a Brando gravemente herido. ¿Me recibes?

No hubo ninguna respuesta. Carmela no quiso pensar y siguió corriendo.

—Uri, necesito que abras la compuerta, estoy llegando a la zona de carga.

De nuevo, el silencio fue la única respuesta. La legionaria ya estaba cerca de la cosmonave, que seguía cerrada por completo.

—¡Uri, jodido pescado cabrón! —gritó a través del canal—. ¡Abre esa puta compuerta!

La compuerta permaneció cerrada y Carmela se sintió desfallecer. Cayó de rodillas con Brando aún en brazos y cerró los ojos. Habían fracasado y ahora iban a morir todos.

Entonces, la compuerta se abrió.

—No hace... falta... que insultes —dijo el fontiano por el canal.

Carmela nunca se había sentido tan aliviada en su vida. Se levantó y de repente, un disparo láser pasó volando detrás suyo. Un grupo de traficantes estaba entrando en la zona de carga, con sus armas disparando a discreción. La legionaria corrió hacia la cosmonave y se lanzó a través de la compuerta. Brando se quejó en la caída, pero Carmela no lo hizo caso, levantándose para sellar manualmente el acceso.

Solo cuando la cosmonave estuvo cerrada, lo tomó de nuevo en brazos y lo llevó a la cabina de mando, en la que Uri seguía amarrado al sillón del copiloto. Carmela depositó con cuidado a Brando en el suelo y se sentó en el puesto del piloto, comenzando con los preparativos para despegar. Conectó la gravedad artificial en primer lugar; si la idea que estaba madurando funcionaba, su fuga tendría un inicio muy movido.

—¿Qué te pasó? —dijo, sin apartar la vista de las pantallas holográficas que aparecían ante ella.

—Creo que... me desmayé. Me despertó tu... cálida voz —contestó Uri.

Carmela escuchó las armas de los traficantes impactando en el casco de la cosmonave. De momento estaban seguros, pero si tardaban demasiado usarían armas más grandes contra la nave.

—He activado los sistemas de propulsión y armamento —anunció la legionaria—. ¡Nos vamos de aquí!

Con un gesto, encendió en la pantalla holográfica el motor de impulso, que despertó a la vida y comenzó usar la energía generada por los transformadores Temzil de la cosmonave. En otra pantalla, colocó los sistemas de armamento y activó los dos cañones Gauss con que contaba.

Frente a ellos el portón del hangar permanecía cerrado. Carmela agarró la palanca de mando a la que había desviado los sistemas y apretó el botón. Los cañones Gauss comenzaron a escupir proyectiles de acero a velocidad supersónica y Carmela los dirigió a un punto concreto en el centro de la puerta. Después de unos minutos de fuego continuo, en el portón apareció un boquete por el que entró el viento helador

del exterior. Carmela apagó los cañones Gauss y subió la potencia del motor de impulso.

—¡Agarraos!

Empujó la palanca hacia delante y la cosmonave salió disparada en dirección a la puerta. Gracias al agujero perforado en la misma, que había debilitado la estructura, cuando la cosmonave chocó con el portón este cedió y pudieron atravesarlo, saliendo al exterior en medio de una lluvia de escombros y pedazos de su propia nave.

Carmela sujetó la palanca, que temblaba por los tumbos al atravesar el portón. La gravedad artificial había evitado que ellos sintieran los golpes y traqueteos, aunque la había conectado sobre todo por Brando, para el cual no había asiento. Por suerte, seguía tumbado en el mismo lugar donde lo había dejado.

Una vez salieron de la base, ascendieron hacia el cielo. Carmela comprobó el circuito de proximidad, pero no había resultados. Al parecer, no los estaban persiguiendo.

Lo habían logrado.

—Carmela... —dijo Uri, en voz baja.

Puso el piloto automático y se acercó a su compañero.

—¿Cómo está... Brando? —preguntó el fontiano.

—No está bien, pero en cuanto llegemos a la lanzadera podré sedarlo y estabilizarlo. En el *Conquistador* se recuperará. Preocúpate mejor por ti, estás malherido.

—Me siento mejor, no te preocupes —Carmela podía ver su cara y sabía que no era así, pero no dijo nada—. ¿Puedes comprobar la... bodega de carga?

—¿Para qué?

—Creo que podremos completar... nuestra misión original.

Carmela se dirigió a la bodega, en la que solo había cuatro contenedores asegurados firmemente. Abrió uno de ellos, un cilindro de dos metros de ancho por dos de largo, y lo que vio dentro le heló la sangre. Volvió corriendo a la cabina de mando.

—¿Por qué no me dijiste que cargábamos con cuatro protobombas? —preguntó horrorizada.

—No quise molestarte en tu... maniobra de huida —dijo el fontiano, sonriendo levemente—. Pero ahora pueden servirnos para completar... la misión. Pasa por encima de la base y suéltalas.

Carmela asintió y comenzó a repasar los sistemas en la pantalla, hasta que encontró los controles de las compuertas de carga. Estaban en rojo y con la etiqueta de *No operativo*.

—¡Mierda! No podemos soltarlas, debo haberme cargado el sistema cuando salimos de la base. —La legionaria dio un puñetazo en el reposabrazos—. Tendremos que dejarlo.

—No —dijo el fontiano—. Nunca tendremos una oportunidad mejor para acabar con el Puño Cuántico; si nos vamos... se marcharán de aquí y no volverán. Tiene que haber una forma de soltarlas.

Carmela juntó las manos frente a su barbilla y pensó. Uri tenía razón. Si dejaban escapar aquella oportunidad, el Puño se trasladaría a otro planeta y seguiría operando. Tenían que acabar con ellos, ahora o nunca. Pero con las compuertas de carga inoperativas no podía lanzar las protobombas sobre la base. Tenía cuatro, suficiente para destruir la base y todo lo se hallara en varios kilómetros a la redonda. ¡Y no tenía forma de usarlas!

—Si el sistema no funciona... no tenemos otra opción, Carmela. Debemos lanzar esta cosmonave contra la base —dijo Uri.

—No —dijo ella—. No quiero oír hablar de ningún tipo de suicidio.

—¿Qué opciones quedan? Yo estoy malherido y Brando está... a punto de caer en coma. —Uri la miró directamente a los ojos—. Sálvate tú, Carmela. Nosotros... terminaremos la misión.

—No —contestó ella, sintiendo como le salían las lágrimas.

—Busca un paracaídas. —El fontiano se incorporó en el asiento y alzó una mano para manejar su consola—. Yo me encargaré de... programar la ruta.

La legionaria se quedó quieta, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—No mueras con nosotros, Carmela —dijo sin más Uri, mientras programaba una ruta de colisión con la base.

Sin darse cuenta, Carmela se levantó y se dirigió a la bodega, sin mirar atrás. Allí estaban los paracaídas. Podría ponérselos a Uri y Brando, pero en su estado no sobrevivirían a la caída, y Brando no tenía exotraje que lo protegiera del exterior. Se secó las lágrimas mirando a las protobombas y sus contenedores. Si tan solo no hubiera sido esa la carga...

La cosmonave trazó un arco descendente en dirección a la base del Puño Cuántico. Su rumbo programado la llevaba directamente al centro de la base y, en su bodega, las tres protobombas en sus contenedores aguardaban con su espoleta activada y una cuarta tenía el temporizador sincronizado al momento exacto en que estuviera a punto de impactar con la base.

A más de treinta kilómetros, Carmela se dejaba llevar en paracaídas por el viento, mientras miraba en dirección a la base. Según su cronómetro, la explosión tendría que producirse en los próximos segundos.

Un fulgor llenó el horizonte, y unos segundos después le llegó el estruendo de una gigantesca explosión. Sonrió mientras veía la familiar forma de hongo de la explosión formarse en la lejanía. Por fin habían cumplido su misión.

Entonces miró al suelo, que se había acercado más de la cuenta. Se había distraído con la explosión y había descendido demasiado. Se preparó para el impacto, realizando un aterrizaje bastante bueno para ser el primero que hacía sobre nieve. Se

desenganchó del paracaídas y caminó unos metros para alejarse de los cables y la tela. Comprobó el sensor que había acoplado a su muñeca. Según las lecturas, estaba a seiscientos metros. Sonrió, no estaba nada mal, había caído casi al lado.

Caminó en la dirección que le marcaba el sensor y después de unos minutos lo vio. Clavado en la nieve y con el paracaídas ondeando por el viento, se encontraba uno de los contenedores de las protobombas. Se acercó al contenedor y habló por el canal de radio.

—Uri, ¿me oyes?

Tras unos segundos, escuchó la respuesta de su compañero.

—Te oigo, Carmela... ¿Ha funcionado?

—La base ha sido destruida, sí. ¿Cómo está Brando?

—Sigue tranquilo a mi lado. Fue buena idea meternos a ambos en el contenedor... la espuma expansible para sellar fugas nos ha mantenido quietos durante toda la caída.

—Al estar los dos juntos, podréis manteneros calientes hasta que regrese con la lanzadera. Y nadie ha tenido que morir.

—Sí, Carmela. Tenías razón, no hacía falta sacrificarse —dijo su compañero—. Admitiré mi error cuantas veces quieras... pero no hagas ni una sola broma... sobre sardinas en lata...

Gillan Eliot repasó una vez más el informe de Carmela, Uri y Brando. Habían culminado el código negro con éxito, pero cuanto más leía el informe, más preocupado estaba. Brando sostenía que los treyanos financiaban al Puño Cuántico y, hasta cierto punto, eso era algo que podía creer. Lo que no entendía de ninguna de las maneras era qué hacía tanta comida en aquella base. ¿Arroz sefamí? ¿Miel? ¿Qué tipo de traficantes trafica con comida?

Aunque lo más preocupante no era eso. ¿Cómo era posible que hubiera un miembro del Escuadrón de Espionaje en la base y que nadie del Alto Mando le informara? O bien el Alto Mando no lo sabía o sí lo sabían y habían decidido dejar morir a Brando. Cualquiera de las dos opciones era muy preocupante y tendría que averiguar qué pasaba.

Por si eso fuera poco, los datos recogidos por el teniente Rys eran inquietantes. Si tenía que hacer caso a la información obtenida en la base del Puño, llevaban mucho tiempo dedicándose a transportar comida. Cómo y por qué, no lo sabían, pero no podía ser para nada bueno.

Su instinto le decía que el Puño Cuántico era solo la punta del iceberg, y si era así, iba a necesitar mucha ayuda. El problema es que si revelaba de dónde había obtenido toda esa información, revelaría el código negro, y aquello sería catastrófico para la Legión.

Necesitaba a alguien de confianza, que comprendiera las razones del código negro y que pudiera investigar la amenaza treyana al más alto nivel, en el Gran Consejo. Según Brando, los treyanos llevaban años financiando al Puño; quién sabe qué más habían hecho. La Unión Galáctica de Planetas podía estar en peligro mortal y solo ellos lo sabían.

Tenía que actuar ya. Gillan activó el sistema de hiperonda de la *Conquistador*.

—Ordenador, ponme en contacto con la consejera Silvana Prescott. Indica en el asunto que su viejo amigo Gillan Eliot necesita hablar con ella urgentemente.

Se sentó mientras esperaba que el ordenador estableciera la llamada. Si tenía razón, no estaba haciéndole ningún favor a Silvana; al contrario, quizá la ponía en peligro de muerte.

Pero tenían que hacerlo. Por la Unión.

Suspiró. Al menos, el código negro había sido un éxito y eso ya no se lo quitaba nadie.

Al menos, su hijo ya podía descansar en paz.

Índice de contenido

Cubierta

Código negro

Nota del autor

01

02

03

04

05

Miguel Ángel Alonso Pulido

Código Negro

Lectulandia

